

Fray Alonso de Molina (2022 [1555]): *Aquí comienza un vocabulario en lengua castellana y mexicana*, Editorial Verbum, Madrid. Edición y estudios de Manuel Galeote y Miguel Figueroa-Saavedra, prólogo por Ascensión Hernández de León-Portilla, 602 pp.

La editorial Verbum, dentro de la colección Verbum Mayor (dirigida por Pedro Aullón de Haro), publica este diccionario bilingüe español-náhuatl, el primer diccionario impreso en América, compuesto por el franciscano Alonso de Molina (1510-1579). En esta misma colección había aparecido en 2009 el *Tesoro castellano del primer diccionario de América (Lemas y concordancias del vocabulario español-náhuatl (1555) de Alonso de Molina*. Desde que Juan Pablos lo publicó en México (1555), el *Vocabulario* no había vuelto a ser editado, salvo en reproducciones facsimilares. Hubo una segunda edición en 1571, muy ampliada y encuadernada conjuntamente con el *Vocabulario mexicano (náhuatl)-castellano*, de sobra conocida, por ser la que más citan los especialistas. El Instituto de Cultura Hispánica la reimprimió en edición facsimilar en Madrid (1945), dentro de la colección de incunables americanos que prologó Menéndez Pidal<sup>1</sup>.

En esta publicación, que reproduce filológicamente la primera edición de 1555, hallamos un paralelismo del castellano y el náhuatl, juntos y en contraste: Se trata del primer diccionario de la lengua náhuatl, y de la lengua castellana o española, que se imprimió en América.

El arcaísmo del enunciado del título nos indica el peso que la tradición medieval imprime a esta obra, que se sirve del legado de Antonio de Nebrija (1441-1522), al tiempo que se aleja de la impronta humanista del *Vocabulario* nebrisense. La

---

<sup>1</sup> MENÉNDEZ PIDAL, R. (1944 [1548]): «Los incunables americanos», en *Doctrina cristiana en lengua española y mexicana por los religiosos de la Orden de Santo Domingo* [Juan Pablos, México], ECH (Colección de Incunables Americanos Siglo XVI, 1), Madrid.

Nueva España mostraba a los franciscanos unas necesidades religiosas, evangelizadoras y contrarreformistas que tiñen el vocabulario con sus propias características.

El *Primer Concilio Provincial Mexicano* (1555) estableció que la evangelización se realizaría en la lengua de los naturales. Por tanto, Molina que estaba confeccionando el suyo para que los franciscanos aprendieran náhuatl, debió de sentirse apremiado a terminarlo de modo inminente por indicación de sus superiores. La sección castellana, sin proponérselo, ilustra el comienzo de la aventura del español en América y nos permite conocer la lengua no literaria que los religiosos y demás españoles utilizaban.

Al tiempo que se celebraba el *V Centenario del fallecimiento de Nebrija* (1522-2022), se publicó esta obra de fray Alonso de Molina, el más destacado seguidor de Nebrija en las Indias. Los editores no modifican la macroestructura ni reordenan las entradas, aunque corrigen erratas y modernizan la puntuación. Se conservan las grafías de la época y la acentuación.

En el taller franciscano tuvo que redactarse otro vocabulario mexicano-castellano, simultáneamente, del que no queda más rastro que el testimonio del propio Molina, quien remite a él como el *vocabulario que comienza en la lengua de los yndios* (*Aviso* 5.<sup>o</sup>, p. 134).

Los investigadores del español antiguo y del náhuatl, Manuel Galeote (Universidad de Málaga) y Miguel Figueroa-Saavedra (Universidad Veracruzana, Xalapa, México), respectivamente, entregan al lector esta obra en colaboración; obra que, sin duda, se convierte en una valiosa herramienta para investigar el castellano y el náhuatl (o mexicano) en los orígenes del español de América. En el citado *Tesoro*, cuya publicación se adelantó a la edición actual, se halla el registro de voces internas castellanas del *Vocabulario* de 1555. Ojalá que en algún momento podamos disponer del tesoro náhuatl, como es de desear.

El volumen está compuesto por tres partes, la edición filológica del *Vocabulario* y dos estudios preliminares: a) «Estudio introductorio de la sección castellana», por Manuel Galeote (pp. 21-42) y b) «Estudio de la sección náhuatl», por Miguel Figueroa-Saavedra (pp. 43-77).

En las páginas reservadas a la parte castellana del *Vocabulario* bilingüe se tratan diferentes aspectos, relacionados con la lexicografía misionera que nació con la imprenta mexicana; y se revisa la «necesidad de un diccionario para aprender la lengua de los pueblos» por parte de los religiosos españoles recién llegados a América. Todas estas cuestiones lingüísticas se analizan «a la sombra de Antonio de Nebrija», el tutor y el maestro para la lexicografía misionera novohispana (pp. 36-42).

Si se examinan los lemas, queda clara constancia del aumento del vocabulario castellano en relación con los vocabularios humanistas de Nebrija. En aquel solar novohispano, el viejo fondo patrimonial adquirió nuevas acepciones, nacieron los americanismos y se incorporaron a la sección castellana numerosos indigenismos, la mayoría de los cuales siguen con plena vitalidad de uso (*ají, cacao, maguey,*

*maíz, petaca*, etc.). Las nuevas circunstancias de la vida en las Indias Occidentales, la evangelización y el mestizaje estaban transformando la sociedad y con ella el castellano recién implantado. Al mismo tiempo, se transformaba sobre todo, la lengua náhuatl, el náhuatl clásico, que los frailes rescataron para la posteridad. La interacción entre los hablantes de náhuatl y castellano se reflejó en los usos lingüísticos que Molina describió con su equipo de nahuatlato y misioneros castellanos con formación gramatical.

Por su parte, el editor Figueroa-Saavedra explora la «sección náhuatl» y se detiene en la «comprensión y aprehensión de una nueva lengua» por parte de los misioneros franciscanos, así como en la urgencia de un vocabulario bilingüe náhuatl-castellano para la evangelización que se llevaba a cabo en la Nueva España a mitad del siglo XVI. El especialista dedica un apartado al esfuerzo misionero por lograr una lematización reversible absoluta entre la lengua románica y la indoeuropea (§ 3). Antes de llegar a la lematización para indicar las equivalencias de las entradas castellanas, hubo que llegar a un acuerdo sobre la unidad «palabra» en náhuatl. Las dificultades que se presentaban estaban provocadas por la flexión, la variación y la pronunciación de la lengua mexicana (p. 54). Alonso de Molina jugó un papel fundamental en la tradición gramatológica de México, pues adaptó las categorías descriptivas a la morfosintaxis de las voces nahuas. Identificó en su obra formas sustantivas (nombre, adjetivo, pronombre) y formas verbales. Equiparó adverbios, preposiciones, conjunciones e interjecciones con partículas de la otra lengua y contrastó la similitud flexiva con la invariabilidad de las formas castellanas. El conocimiento gramatical del náhuatl procedería del *Arte* manuscrito de Olmos, pues el *Arte de la lengua mexicana* del propio Molina no se publicó hasta 1571. El gramático franciscano tuvo que proceder a segmentar la palabra para organizar desde la raíz verbal los verbos «para ser integrados como lemas en un vocabulario náhuatl-castellano. De esta manera, en el *Vocabulario castellano-mexicano* (1555) las entradas correspondientes a los verbos ya muestran a sus equivalentes bajo esta convención». Se aducen ejemplos, como los siguientes: Cabecear de enojado. *Nin-ixilacatzoa*. *Nin-ixtlaça*; Cabecear negando. *Nino-tzonteconnuiuxoa*; Cabecear otorgando. *N-ixcuechoa*; Cabecear, llamar con la cabeza. *Nite-ixnotza*.

Mediante este procedimiento, el lexicógrafo conserva la información fundamental sobre la valencia del verbo transitivo (o su ausencia en los intransitivos: *nitla-*, *ni-*). También se apuntan los usos en forma directa o reflexiva (*nite-*, *nino-*), si la acción verbal se dirige a cosas o personas (*nite-*, *nitla-*), etc.

En el taller franciscano de Molina, intervinieron no solo los hermanos de la orden, (incluido fray Bernardino de Sahagún) sino «indios latinos», que apoyaron el trabajo gramatical y sustentaron con sus conocimientos la grafematización del náhuatl, que alcanzó una importante homogeneidad frente a la variación del castellano de la época (p. 60). Como resultado, Molina ensayó un sistema gráfico

donde, por ejemplo, a) un fonema sibilante como /s/ se transcribía con *c+e,i; ç+a,o,u*; b) /k/ se valía de los grafemas *c+a,o; qu+e,i*; c) /w/ se escribió *u+v, l+hu+v, uh+c*; etc.

Por tanto, transliteración y estandarización fueron cuestiones determinantes del náhuatl del s. XVI que los misioneros tuvieron que abordar. Era un esfuerzo añadido a la búsqueda de la corrección castellana y tipográfica en aquella edición bilingüe del primer vocabulario impreso en México y en toda América.

El cuerpo de la obra, el texto de *Aquí comienza un vocabulario en la lengua castellana y mexicana* [México, 1555], ocupa las páginas 131-604. Los criterios para la edición de la sección castellana del *Vocabulario* (el texto, las convenciones gráficas, los criterios de puntuación, las grafías y las erratas) los explicita Galeote (pp. 89-98). Figueroa-Saavedra presenta en el §V los criterios de edición de la sección náhuatl: Normas gráficas, signos especiales, uso de la cursiva y de las mayúsculas, puntuación, grafías, uso de *sic* y erratas (pp. 99-128). Toda la bibliografía que se cita en el cuerpo del texto o en las notas se ha alfabetizado entre las páginas 79-88, lo que nos permite conocer el estado actual de la investigación en lexicografía y lingüística misionera, con los estudios más recientemente publicados.

El prólogo de Ascensión Hernández de León-Portilla traza las líneas fundamentales por las que transita el pensamiento y la obra lingüística de fray Alonso de Molina, *el niño Alonsito*, un franciscano extremeño que vivió entre 1510 y 1579, según los datos biográficos que ha publicado la misma prologuista en otro lugar. Se ignora el nombre de su localidad natal, pero consta con claridad su origen extremeño. Hay que subrayar la temprana llegada del *niño Alonsito* a la Nueva España, con once años, en 1521. Aquella feliz circunstancia le facilitó el aprendizaje de lengua náhuatl mientras hablaba o jugaba en la calle con los demás niños.

Por tanto, fue un hijo de la tierra y aprendió con tanta soltura la lengua indoeuropea (el mexicano o náhuatl), que los famosos «Doce franciscanos» en 1524 recurrieron al niño para que ejerciera de intérprete. Mendieta, en su *Historia eclesiástica indiana* (cuyo manuscrito se terminó en 1596) ha transmitido datos biográficos de Molina quien «fue el que mas dexo impresso de sus obras, porque imprimio arte de la lengua Mexicana, y Vocabulario, y Doctrina Christiana mayor y menor, y confesionario mayor y menor, o mas breue» (cap. XLIV, f. 226v. del manuscrito de Mendieta)<sup>2</sup>. En 1535 ya era sacerdote y para 1540 ya tenía formación latinista. En los dos lustros siguientes debió de trabajar mucho en la empresa lexicográfica del *Vocabulario náhuatl y español*. Indudablemente, el *vocabulario bilingüe* no estuvo terminado para 1555. Ni siquiera estaba listo para su publicación el *Vocabulario castellano-náhuatl*, porque se añadió una sección de vocablos al final del volumen que nos muestra el carácter de *opus in fieri*, de obra en marcha, que

<sup>2</sup> En la bibliografía (pp. 79-88) falta la referencia de Mendieta 2002 (citada en las pp. 45-47, 53 y 69), que suponemos corresponderá a la edición publicada en esa fecha por CONACULTA, México, 2 vols.

dirigía fray Bernardino de Sahagún: «Fue vista y examinada esta presente obra [...] por el Reuerendo padre fray Bernardino de Sahagun, de la dicha orden, a quien el examen della fue cometido» (Colofón, p. 604).

Esta obra de Molina inauguró un periodo en la historia de la lexicografía al imprimir una obra lexicalizada (según las directrices humanistas de Antonio de Nebrija, en sus dos diccionarios, el latín-castellano de 1492 y el vocabulario castellano-latín de 1495) de una lengua que no era indoeuropea ni semítica. El recuento indica que el vocabulario contiene 13.810 voces, más 448 que se refieren a los numerales incluidos en las páginas añadidas al final del volumen.

Podemos asentir con Hernández de León-Portilla que en este libro se condensaba la «realidad y el pensamiento» de una cultura (p. 14). A su dominio de la lengua, en la que tenía buena competencia, debemos añadir un factor que ayudó en la empresa: se había reunido un importante corpus documental de textos, con dos doctrinas: la *Doctrina christiana breue traduzida en lengua mexicana* (1546) y la *Doctrina christiana en lengua española y mexicana hecha por los religiosos de la Orden de sancto Domingo* (1548). El conocimiento que demuestra de la lengua prehispánica, puesto que tradujo las oraciones con el dogma cristiano, resultó fundamental para el proceso de la evangelización. Pudo ser en aquel momento cuando los franciscanos, con Molina a la cabeza, percibieran «la necesidad de elaborar un instrumento de comunicación entre las dos lenguas [...] para sus hermanos de Orden, para los alumnos de los conventos y para cualquier persona que quisiera participar a fondo en el nuevo orden novohispano en un momento en que se gestaba la fusión de culturas» (p. 14).

En definitiva, el trabajo lexicográfico de este misionero franciscano representa mucho más que la recolección o inventario de voces capturadas por una «red barrera» (al gusto de fray B. de Sahagún), puesto que implica la organización de un sistema lingüístico en constante actualización, en el que subyace un imparable proceso de gramatización, puesta en marcha por la Orden Franciscana. El *Vocabulario* es la prueba de una política lingüística para establecer una comunidad católica náhuatl, dentro de una comunidad lingüística bilingüe. De la relación intercultural se derivaría «la negociación de significados y la participación en los procesos de convergencia cultural» (p. 75).

Por tanto, en la vertiente castellana y náhuatl, esta obra lexicográfica atesora un conjunto de materiales lingüísticos de dimensiones excepcionales, que documentan los usos del castellano y del náhuatl en su particular devenir histórico entre 1521 y 1555.

Para concluir, en el campo de la Lingüística misionera este incunable americano es el testigo fiel de una labor gramatical (con las lenguas originarias de México), prolongada en el tiempo, en la que el método y los logros aspiraban a equipararse con los trabajos de los gramáticos de la lengua latina, en especial de Nebrija.